

EL TENAZO CALIENTE.

La María *de los Helaetes* era una **Institución** en los veranos de los años sesenta en Montalbo. En la puerta del Parrillano, *las cuatro esquinas*, ponía su puesto de helados y allí acudíamos chicos y grandes, a degustar sus *cucuruchos*, los días de fiesta. Más tarde, extendería su campo de acción recorriendo el pueblo, de barrio en barrio, cuando las vecinas, a la sombra, en agradable cháchara hacían punto.



Vivía la María en la casa donde hoy está la de la Julia “*del Feo*”, en una esquina del corral de la casa de la Doctora.

Tenía dos o tres niños, no recuerdo bien, pero uno era

de nuestra edad (de la pandilla).

Cuando la madre debía preparar los helados o agenciarse el hielo y los ingredientes para elaborarlos, quedaban los pequeños a cargo de Fernando, el mayor. Era muy común que los hermanos, más las hermanas, mayores quedaran al cargo de los más pequeños.

Y, en esos vagabundeos aburridos de la pandilla, que solíamos andar por la Casa de la Doctora, dimos una tarde-noche, con la casa de la María.

Fernando, la llave cerrada, se asomaba y nos hablaba por el *ventano*. Nosotros acudimos, entablamos conversación amistosa e intentamos que nos abriera la puerta.



Nada pretendíamos. Todo, por incordiar.

Pero Fernando, razonablemente desconfiado, no nos escuchó y, de las palabras, llegamos a los golpes en la puerta que exasperaron a unos y a otros.



Dominguete era el más enérgico atacante. Quizá por ser el *Jefe*. Golpes y golpes que asustaron a Fernando y despertaron su imaginación para defenderse.

No pudo tener mejor ocurrencia.

En un momento, por el agujero de la **cerraja** apareció un *tenazo* con el que quería hacer frente a los ataques de *la horda*. Se agarró Dominguete con todas sus fuerzas para arrebatar el arma,.. y así quedó. Pegado. El tenazo había estado metido en el *rescoldo* de la lumbre.



Montalbo. Cosas y casos.

No podemos referir las imprecaciones del herido ni reproducir las patadas a la puerta.

Pero, al final, como la zorra, con el rabo entre las piernas, abandonamos el campo de batalla.

Nos dirigimos hacia la Iglesia, no por rezar, pero sí porque algunos éramos monaguillos

Las manos de Domingute no encontraban alivio. Y lo encontraron en los bidones con agua que los trabajadores tenían en la puerta de la Iglesia, en obras. Allí pasamos el tiempo del rosario. Domingute con las manos en el bidón. Consuelo mínimo pero, no había otro.



Nunca más nos metimos con Fernando. Aún hoy admiro la ocurrencia del defensor de su casa y sus hermanos.

Manuel Fernández Grueso

Agosto 2013.
